

AMBROSIO

SUEÑOS IMPOSIBLES

(2) *Continuación*

Emilio Marín Tortosa

El despertador trunca el sueño de un atribulado Ambrosio. Otro día más para la incertidumbre y la desesperanza. Ahora siente que en sus sueños se encuentra más seguro que en la rutina de su día a día. Le gusta aquello de ser un revolucionario, aunque teme que no vuelva nunca aquel sueño. Si es así, él pretende seguir la historia en un sueño consciente. No puede quedarse ahora así, sin saber qué pasa con aquella situación tan misteriosa, y cuáles son las consecuencias para él. La noche llegará, siempre le parecerá tarde, y volverá a dormir en busca del sueño

Se levanta precipitadamente y se mira en el espejo en busca de su apariencia. ¿Sigue siendo Ambrosio? O se habrá convertido en el desafortunado caído en desgracia, y lo que ve en él no puede identificarlo, no es él ni la figura que temía encontrar.

.- Estoy cambiando. Pero lo que no se es a dónde iré a parar. Los sueños están apoderándose de mi personalidad, y quien soy durante el día ya no importa. Necesito saber cómo continúa el sueño. ¿Soy o no soy yo?

Llega la noche y el sueño se hace presente puntual a la cita.



Mi tren entra en el andén. La visión está oscurecida por una pátina de hollín. Sin embargo la tierra a la que ahora llego tiene un Arco Iris colocado sobre todas las cosas. Los tejados, pardos por el musgo de tantas lluvias, relucen con el fulgor de las gemas. Las casas lucen un sus fachadas guirnaldas para mí. Las hermosas flores ríen a pesar de lo temprano de la

hora cuando lo normal sería seguir durmiendo. La gente endomingada saluda a mi paso, solo falta una banda de música que amenice mi llegada. Yo llevo en la maleta la nostalgia de horas de vigilia, y el frío de abrazos vacíos, pero aquí está la gente para borrar aquella y llenar estos. El recibimiento es correcto. Mi alma, de tenerla, cantaría Aleluyas de bienvenida. Mientras mi yo vagabundo pasea entre vítores y guirnaldas.

Todo es una ilusión, un espejismo producto de la desorientación por aquel destino inesperado. La música es el arrastre de las cadenas que adornan sus pies, y la muchedumbre no es más que la fila de penados que inician el camino hacia lo desconocido. El látigo restalla, y los pies, en su arrastre, componen una melodía monótona y siniestra. A lo lejos se adivina la negra boca de una mina.

* * *

¡Socorro! Ambrosio está aterrado por lo vivido en el sueño. ¡Ahora está viendo fantasmas! La habitación está a oscuras, y en la negrura cree ver el brillo de malignos ojos, y la risa en desdentadas bocas. Se levanta de un salto, y sale al balcón en busca del aire nocturno que le despeje y le saque de aquella pesadilla. Fuera todo sigue estando quieto y oscuro. La sed atosiga a Ambrosio. Busca en el grifo del fregadero alivio al ardor que siente en la garganta. Por el pasillo, rumbo a la cocina, siente miedo. ¿Y si el pasillo le deja en alguno de esos lugares desconocidos que aparecen en sus sueños? ¿Qué será entonces de él? Cambia de rumbo y busca el aseo. El cuerpo se le ha aflojado. Luego, abatido, vuelve a la cama. Parece que el contrato entre Ambrosio y el Duende de sus sueños se ha roto. Seguramente los habitantes de sus fantasías oníricas se han cansado de ser manipulados por un ser inferior y toman el timón de la nave. Aunque él, el soñador, piensa que domina sus sueños y estos siguen sus directrices sin rechistar, pero lo que está ocurriendo últimamente le está desorientado. El nombre de Bladis que le han puesto sus captores no le disgusta, le asusta lo incierto de sus andanzas, pero no se decide a dejar aquella historia sin terminar. Le ha atrapado y espera ansioso la noche para continuar el disloque.

* * *

Las enormes puertas de `palacio están abiertas, al fondo, enfrentada a ella se ve la escalera. Sus escalones son de mármol desgastado por el uso. El mucho arrastrar de encajes y muselinas, han dejado en ellos su huella. El Conde Bladis, señor del palacio, está engomando su coqueto bigote, esa noche tiene que asistir a una fiesta en casa del Gobernador. Hasta su tocador llega el alboroto de un gran desorden. Antes de descomponer su

gesto cortesano entra en la habitación un tropel de gente armada. Son un puñado de harapientos entre los que reconoce a algunos de sus antiguos sirvientes, que al grito de: ¡Viva la Revolución! y exhibiendo las armas le prenden, le arrastran escaleras abajo y le arrojan entre el jolgorio del gentío al centro de la calzada. Allí, otro grupo de descamisados, le suben a una carreta donde cae entre encajes y puntillas. Dentro de la carreta hay muchos títulos y blasones pisoteados por la horda bárbara. Así termina la historia del Conde Bladis favorito del Gobernador, cuyo mando en esos momentos estaba cayendo en desgracia igual que él. Luego llega el turno de los carroñeros que al río revuelto del desorden hacen rapiña de cuanto de valor cae en sus manos, luego la Justicia, ahora revolucionaria, les prenderá y les dará el mismo castigo que a los señores del almidón.



Bladis Dimof ha tenido un día agotador en la mina. Cada vez se le hace más duro aquel trabajo. La mina va robándole la salud al mismo ritmo que él le extrae de sus entrañas el valioso mineral. Es un pulso que está seguro de perder a no tardar mucho. Se siente cansado al borde del agotamiento. Acostado en la litera siente como sus huesos se desperezan en una larga y rítmica queja. Se siente solo y ha perdido la cuenta de los años pasados desde su detención en aquella frontera donde alguien le cambió la maleta. Pero no le importa, sabe que su principio y final está en el interior de aquel pozo donde baja cada día a arañar sus paredes. Desde el día en que triunfó la Revolución, dicen que las cosas habían cambiado en el País, parece que las cosas volvían al estado anterior al Régimen derrotado, pero para él, sus condiciones y vida, nada habían cambiado.

- ¡Eh! ¡Bladis! Tienes que ir a la oficina, te llaman por teléfono.

- ¡Diga!

- ¿Bladis? ¿Bladis Dimof?

- ¿Eh? ¡Sí! ¡Sí! Yo mismo.

- Le llamo para comunicarle que debe presentarse en las Oficinas Municipales de la Capital el próximo lunes a primera hora. Es un asunto de mucha importancia. ¡No falte usted!

* * *

Dimitri había participado en la ocupación, y posterior saqueo, del palacio del Conde Bladis, y como servidor más antiguo reclamó el puesto de vigilante y cuidador del requisado palacio. Está dispuesto a permanecer en su puesto sea cual sea el uso que se le dé. ¿Quién con más derecho que él? Así que cambia el uniforme revolucionario a por el de portero. También le sienta bien aquella ropa. A su jubilación, su hijo Piter heredará aquel empleo. Tiene influencia en el nuevo Gobierno Municipal, y ha conseguido que le empleen en el Ayuntamiento en el negociado encargado de la restitución de los bienes robados por el anterior Régimen, pero él cree que su hijo estará mejor en el palacio donde él es dueño y señor. Pero Dimitri no aceptó los planes de su padre, y cuando su progenitor se jubiló siguió en el Ayuntamiento y el palacio quedó vacío.

* * *

El autobús se detiene en la misma Plaza del Ayuntamiento. Bladis baja y mira con aprensión al imponente edificio. Se siente desorientado, eran pocas las veces que había acudido a la ciudad, y ahora el motivo que le trae le confunde aún más. Él está habituado a la vida en la mina y aquello de visitar un edificio oficial le viene de nuevo. Miedo no, un minero no tiene miedo a nada, pero allí se encuentra en un lugar extraño. Entra. En Información le indican una puerta en el primer piso. Sube.

.- Esta puerta es.

Se detiene antes de entrar. La gorra sufre una tortura entre sus manos.

.- ¿Para qué me habrán llamado? Claro que si no entro nunca lo sabré.

Empuja la puerta. El interior está casi desierto, tan solo una mesa, un armario, y dos sillas son los habitantes del local. Por una puerta que hay al lado de la estantería, entra un hombre.

.- ¿En qué puedo ayudarle?

.- ¡Bueno! Me han dicho que tengo que presentarme aquí.

.- ¡Ah! Usted viene por lo de la herencia.

.- ¿Yo señor?

.- Dígame su nombre.

Bladis duda antes de responder.

.- Bladis Dimof.

.- ¿Ha sido siempre ese su nombre?

.- ¡Bueno! Creo que sí.

.- ¿Tiene manera de demostrarlo?

.- ¡Sí señor! Tengo mis papeles en regla.

- Su expediente está a falta de un Certificado del Registro Civil donde conste su identidad oficial. ¿Trae usted ese papel?

- ¡No! No lo tengo.

- Pues cuando lo traiga le entregaré el expediente.

- Pero, ¿no puede usted decirme de qué se trata?

- ¡No! Cuando me entregue el papel que le he dicho se enterará. Pero no se preocupe, si usted es quien dice ser, será una buena noticia.

Bladis abandona el Ayuntamiento más confuso de lo que entró. ¿Una herencia? ¿De quién? Él no sabe nada de la familia de aquel Bladis que le endosaron, seguramente se trata de algún pariente que le nombró heredero sin saber el cambio que se iba a producir. Aunque a él, desde el momento que fue retenido en aquella estación, nada puede asombrarle. Irá a buscar aquel Certificado a ver qué pasa.

* * *

Ambrosio se despierta inquieto. La historia estaba tomando un rumbo nuevo y excitante. Ahora Bladis, (él mismo) se ha convertido en un heredero. Tiene que convocar a su subconsciente para que el diablo no borre el hilo de aquellos acontecimientos imprevistos. Está impaciente porque llegue la noche y vuelva a meterse en el interior de la mina. Necesita saber cómo continúa aquel lío. Una herencia, ¡Ja! ¡Ja! Ahora Ambrosio es un heredero. No sabe de qué, pero pronto lo sabrá.



A primera hora ya está Bladis en el Ayuntamiento con el Certificado en la mano. En él consta que él efectivamente era Bladis Dimof. Llega hasta la mesa y entrega al funcionario el papel. Piter, pues él es el funcionario que le atiende, le pide que tome asiento. Comprueba que en el Certificado consta el nombre de Bladis Dimof, entonces se levanta, acude a la estantería de donde toma una carpeta. Vuelve al asiento, abre la carpeta, confronta el Certificado con los papeles que hay allí.

- Todo está conforme. Esta carpeta es suya. Si tiene alguna duda sobre lo que hacer no dude en venir a mí. Mi nombre es Piter. Esa carpeta contiene todos los documentos que le acreditan como el único pariente vivo del Conde Boris, y por lo tanto el único heredero de los bienes que le

fueron incautados por el antiguo régimen, y que ahora devuelve a sus legítimos dueños el gobierno de la República. Solo tiene usted que firmar en este documento y será usted el Conde Boris, aunque este título hoy no tiene ningún valor, usted es su legítimo propietario. También encontrará una relación de los bienes anexos al título de Conde Boris. Es mi obligación de informarle en nombre del Gobierno, que no nos hacemos responsables del estado actual de dichas propiedades, así como que tampoco queda usted liberado de las correspondientes cargas impositivas. ¡Suerte! Y repito, si tiene algún problema con la herencia no dude en acudir a mí.

Bladis, ahora Conde Boris, sale del edificio municipal sosteniendo en sus manos la carpeta donde reza: “Caso del Conde Boris” expediente nº 707. Está aturdido y todavía no ha reaccionado por la nueva situación. ¿Él Conde? ¿A quién se le habrá ocurrido aquella idea? Seguramente quien cambió su maleta era un hombre peligroso que para huir de sus enemigos, quiso cambiar su personalidad y le endosó a él la identidad de un subversivo que merecía el castigo de morir picando en la mina. Pero la nueva situación política le redime del castigo, pero le coloca en una situación desconocida. Antes de decidir qué hacer con aquella herencia debe conocer en qué consiste. Se interna en un parque, y en un banco toma asiento con la intención de abrir la carpeta.

Un papel con membrete oficial, da fe de que Bladis Dimof, por decisión del Gobierno de la República, es el propietario del título de conde Boris Boridis y de todas las propiedades anexas a dicho título. A continuación, una relación de dichos bienes: Un palacete en aquella ciudad, una casa de campo con una buena extensión de terreno, y una casa de recreo junto al mar. Allí estaban las escrituras de propiedad, y en un sobre las llaves. En otro sobre se le informa de la cantidad de dinero que debe satisfacer al Fisco por los impuestos de los que son deudores dichas propiedades. La suma de dichas cantidades le marea. Nunca creyó que existiera aquella cantidad de dinero. ¿Qué hacer?

Ya está Bladis parado frente al palacio que es ahora de su propiedad. La calle y el número de la casa es el indicado en la escritura de propiedad. La monumentalidad del edificio le asusta. Nunca se atreverá a traspasar aquella puerta. ¿Y si todo fuese producto de una desafortunada broma? Pero el funcionario parecía hablar en serio y los papeles tienen el membrete oficial. Por otro lado él tiene las llaves en la mano, por cierto un llavero que pesa lo suyo. Antes de decidirse a entrar, pasa revista al exterior, verdaderamente aquello era un palacio, un verdadero palacio. Tres alturas y remate con escudo de armas, un alero imponente, enormes balconadas, y un portalón de entrada impresionante.

Bladis se acerca a la casa con la llave en la mano. Una vez allí, mira a un lado y otro de la calle en un intento de ver a alguien que le vigila y que pudiera ser el responsable de una broma. Toda la gente que ahora ve por las cercanías parece que va cada uno a lo suyo y que nadie ha fijado su atención en él. Toma la llave y la introduce en la cerradura. Al primer intento la llave no se mueve. Debido al tiempo pasado sin usar la cerradura, es posible que le cueste a girar. Un nuevo intento, y entonces sí, la cerradura cede con un ruido estruendoso que a Bladis le parece que toda la ciudad la ha escuchado y le mira con recelo. Asustado, saca la llave y retrocede hasta la acera contraria.

¡No! ¡No! ¡No puede ser! ¡Ahora Bladis no puede retroceder! ¡Esta historia tiene que continuar! Ahora que siendo Conde puede vivir aventuras interesantes no puede abandonar. Ambrosio se ha despertado con un gran susto. El subconsciente le ha jugado una mala pasada. Él estaba tan contento siendo compañero del pobre minero ascendido a Conde que no puede renunciar a ello. Tiene que dominar los sueños y seguir en aquel mundo inventado, que ahora es ya su vida real. ¡Ven noche!

Bladis tras una duda, y viendo que su acto no ha despertado la curiosidad de nadie, vuelve a la puerta y mete la llave en la cerradura. Ahora al primer intento la cerradura cede y la puerta gira sobre unos quejumbrosos goznes. El interior está oscuro. La espada de sol que entra por la puerta, entre un loco baile de motas de polvo, deja entrever las baldosas del suelo. Debe entrar. Poco a poco sus ojos se van acostumbrando a la oscuridad interior. Una vez dentro, puede comprobar que allí la oscuridad no era total, un ligero resplandor llega desde el tragaluz que hay encima de la puerta de entrada. Enfrente tiene el arranque de una escalera, a la derecha, en un rincón, hay una mesa y un par de sillas, a su izquierda una puerta acristalada, arriba, y a cada lado de la escalera, un par de balcones da sensación de plaza por lo grande del vestíbulo. ¿Debe subir por aquella escalera? ¿Debe andar por los salones donde lo hicieron “sus antepasados”? ¿Él solo? ¿Debe tomar posesión de aquel palacio en nombre de un título que ya no existe para nadie? Mientras piensa estas cosas cree escuchar el sonido suave de una música. Era un vals tocado por una orquesta de violines. Hasta él llega la imagen y las risas de mujeres hermosas engalanadas con rico vestuario mientras tratan de llamar la atención de sus galanes con una danza erótica. Bladis quiere ver en todo aquello un aviso de los fantasmas que ocupan el palacio protestando por la intromisión de un extraño, y sale de estampida de aquella casa que cree encantada, y no deja de correr hasta verse de nuevo sentado ante el funcionario municipal.



Continúa